



Solidaridad

A la solidaridad con frecuencia se le confunde con la caridad, un ejercicio que se realiza de modo vertical. O se usa para manipular una emoción o lograr un propósito personal.

Este apoyo incondicional a causas ajenas ayuda a **construir justicia social, a reducir la creciente desigualdad y, en lo personal, a sentirnos y encontrarnos en igualdad de derechos** y a poder ejercerlos más allá del discurso político.

FUTURO EN TRÁNSITO

La Comisión de la Verdad invitó a **39 autores** a participar en Futuro en tránsito, un proyecto que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos.



Apoya:



SOLIDARIDAD

FUTURO  EN TRÁNSITO

S O L

Juan Mosquera

I D A

Dominique Rodríguez

R I D

Juan Cárdenas

A D

FUTURO  EN TRÁNSITO

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Comisionados

Francisco José De Roux Rengifo, *presidente*
Alejandro Castillejo Cuellar
Saúl Franco Agudelo
Lucía González Duque
Carlos Martín Beristain
Alejandra Miller Restrepo
Alfredo Molano Bravo (q.e.p.d.)
Carlos Ospina Galvis
Leyner Palacios Asprilla
Marta Ruiz Naranjo
María Ángela Salazar Murillo (q.e.p.d.)
Patricia Tobón Yagari
Alejandro Valencia Villa

Secretario general

Mauricio Katz García

Directores

Gerson Arias Ortiz, *director para el diálogo social*
Tania Rodríguez Triana, *directora de territorios*
Sonia Londoño Niño, *directora de pueblos étnicos*
Diana Britto, *directora de conocimiento*
Juan Carlos Ortega, *director administrativo y financiero*

Oficina de cooperación internacional y alianzas

María Paula Prada Ramírez

Oficina de comunicaciones

Ricardo Corredor Cure

Futuro en tránsito

Dirección general: Alonso Sánchez Baute

Coordinación editorial: John Naranjo

Dirección de arte: Raúl Zea

Editores: Rodolfo Quintero Romero - Valentín Ortiz

Equipo de diseño: Juliana Salazar - Guido Delgado

Corrección de estilo: Andrés López - Alberto Domínguez

Mesa técnica

Paula Arenas Canal

Tiziana Arévalo Rodríguez

John Naranjo

Alonso Sánchez Baute

Solidaridad

JUAN MOSQUERA
DOMINIQUE RODRÍGUEZ
JUAN CÁRDENAS

Solidaridad

© 2020 Juan Mosquera

© 2020 Dominique Rodríguez

© 2020 Juan Cárdenas

Esta publicación contó con el apoyo de la Unión Europea.

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Francisco José De Roux Rengifo, presidente

Delegación de la Unión Europea en Colombia

Patricia Lombart Cussac, embajadora de la Unión Europea (UE) en Colombia

Red Nacional de Programas Regionales de Desarrollo y Paz — Redprodepaz

Fernando Augusto Sarmiento Santander, director

Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente representan la opinión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición o de los aportantes del proyecto.

ISBN COLECCIÓN FUTURO EN TRÁNSITO 978-958-5586-32-1

ISBN VOLUMEN: SOLIDARIDAD 978-958-5586-51-2

© COMISIÓN DE LA VERDAD / REY NARANJO EDITORES 2020

Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

EL ACONTECIMIENTO DE LA VERDAD

Francisco De Roux

Presidente de la Comisión de la Verdad

UNA DE LAS PREGUNTAS CENTRALES DE LA COMISIÓN de la Verdad tiene que ver con la no repetición. De hecho, en nuestro nombre completo, estas dos palabras están incorporadas desde el inicio: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Y aunque también es parte central de nuestro trabajo la investigación histórica para desarrollar nuevas comprensiones de nuestro conflicto armado, la razón de ser de ese trabajo de esclarecimiento adquiere una dimensión más honda en la medida que sirva de base para no repetir la tragedia y así avanzar hacia un país en el que se transformen las causas que generaron la violencia.

Estamos convencidos de que solo si logramos reconocer las verdades de nuestro pasado de forma abierta y plural, podremos transitar a un futuro en donde las armas no sean una herramienta para fines políticos, económicos o de ningún tipo.

Desde este punto de vista, asumimos el trabajo de esclarecimiento como un acontecimiento, como un *happening*, en

donde todos los colombianos y colombianas, desde diferentes lugares y perspectivas, teniendo como faro ético el dolor de las nueve millones de víctimas, deponemos miedos, prejuicios, posiciones de poder en intereses egoístas para permitir que la verdad se abra paso entre nosotros. Como podrán imaginar, no es un proceso fácil, pero seguimos empeñados en propiciar todos los espacios y estrategias posibles para que en una suerte de *in crescendo* constante, entre la verdad en la vida pública de los colombianos desde lo cotidiano, crezca nuestra consciencia colectiva para no tolerar más lo intolerable y nos sobrecoja una conmoción positiva que nos haga pensar en un futuro en paz.

Es en el respeto de las diferencias que lograremos el futuro compartido. Estos ensayos que conforman el proyecto Futuro en tránsito, con miradas y provocaciones intelectuales diversas, nos ayudarán a profundizar en las reflexiones que tenemos que hacer como ciudadanos, planteándonos preguntas difíciles y dilemas morales que nos interpelen en un país que dejó que la guerra generara cuatro millones de desplazados, doscientos veinte mil muertos, así como miles y miles de desaparecidos y refugiados.

Confiamos en que el diálogo que se inspira en estas lecturas nos ayudará a construir desde la búsqueda de la verdad el futuro en paz y dignidad humana que se merecen las futuras generaciones de colombianos y colombianas.

PRÓLOGO

LLEVADERA ES LA LABOR CUANDO MUCHOS COMPARTEN la fatiga, decían los abuelos campesinos quizá sin saber o que definían así la palabra solidaridad.

Solidaridad es hacer lo que está en nuestras manos para auxiliar a los demás; es compartir con otro lo que se tiene, particularmente cuando ese con quien se comparte necesita ayuda o apoyo material, espiritual o sentimental. Aunque también es cierto que para ayudar a los otros no hay que buscar razones.

A la solidaridad con frecuencia se le confunde con la caridad, un ejercicio que se realiza de modo vertical. O se usa para manipular una emoción o lograr un propósito personal. «La solidaridad es horizontal e implica respeto mutuo», escribió Eduardo Galeano. Este apoyo incondicional a causas ajenas ayuda a construir justicia social, a reducir la creciente desigualdad y, en lo personal, a sentirnos y encontrarnos en igualdad de derechos y a poder ejercerlos más allá del discurso político. La solidaridad encarna el reconocimiento del dolor del otro y el compromiso individual para la protección de todos; estimula a superar la apatía, la desidia y la indiferencia ante la tragedia ajena; llama a la compasión y exige comprender de manera profunda el sufrimiento y de buscar la forma de reducirlo.

Como seres sociales, nuestro bienestar está relacionado con el del prójimo. ¿Cuál es el compromiso solidario que cada quien tiene consigo mismo, con el otro y con la sociedad para la superación del conflicto y la construcción de una democracia moderna?

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en este proyecto, llamado Futuro en tránsito, que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto armado interno, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos. A cada uno de ellos se le pidió escribir un texto desde su visión y experiencia particular sobre una palabra específica de 13 que son fundamentales para desentrañar y comprender la problemática actual del país.

A través de diversas labores y disciplinas, Futuro en tránsito recurrió a la pluralidad discursiva expresada en la inclusión de la mayor multiplicidad de voces. El espíritu de cada uno de estos textos es generar un diálogo que dé luces, provoque, estimule el pensamiento crítico y lleve a la reflexión individual y al debate público para entendernos mejor como sociedad, nos ayude a avanzar en este complejo proceso de superar nuestro pasado y presente de violencia y construir ciudadanía.

En este caso, se invitó al periodista Juan Mosquera a escribir un ensayo sobre cómo la solidaridad nos despierta de la apatía y nos permite avanzar como individuos y sociedad; a la comunicadora Dominique Rodríguez quien, con la cuarentena por la pandemia del COVID-19 de fondo, recrea algunas

formas de cómo se puede ser solidario; y al escritor Juan Cárdenas, que nos comparte algunas páginas del diario personal que escribió estos últimos meses en las que cuestiona la falta de solidaridad en el país.

Alonso Sánchez Baute

Director del proyecto



JUAN MOSQUERA

Donde comen dos, comen tres

LA SOLIDARIDAD TE EXPULSA DE LA SOLEDAD. TIENE FORMA de abrazo, incluso en tiempos de abrazos prohibidos. La solidaridad nos tiene aquí, existiendo. No es posible escribir nosotros sin incluir a los otros en la palabra, en la vida. La solidaridad, también, nos define.

Lo conocí en el barrio El Triunfo, en la comuna 6 de Medellín, que limita con la vecina ciudad de Bello. Cuando apenas empezaba el siglo él ya había terminado de arrepentirse de lo que había hecho durante la década anterior. Vivió días en que sus manos y su habilidad sobre una motocicleta lo habían convertido en leyenda para unos y terror para tantos más. Ahora quería salir adelante sin dar pasos atrás. Entonces se le ocurrió el negocio que le haría posible un destino distinto, en el que no le haría daño a nadie y le permitiría, decía, llegar a viejo —o al menos le ayudaría a no morir joven, le dije—; con varios amigos y la ayuda de un hombre viejo, que hacía desde llaves hasta estatuas, diseñaron y ensamblaron una

plataforma metálica que podía atarse a una moto y convertirla en triciclo capaz de llevar una lavadora. Ofrecía «ropa limpia a domicilio» y funcionaba. Varias vecinas, cinco o seis, se juntaban para alquilar la lavadora a mil doscientos pesos la hora y dejarla trabajando en casa de una de ellas con cargas de ropa de esas cinco o seis familias. Juntas pagaban, juntas lavaban, juntas se ayudaban porque no todas tenían el mismo dinero que, aunque parece poco, era mucho para ellas. Entre todas ponían el jabón. Era el año 2006.

Esa ropa que vi secándose en el tendedero era una bandera de solidaridad.

* * *

«Si mis amigos no son una legión de ángeles clandestinos/ Qué será de mí», escribe y repite el poeta Raúl Gómez Jattin desde el silencio. Y sus palabras atraviesan años, geografías, páginas y llegan hasta el barrio Gerona, también conocido como el barrio Pablo Escobar, en la comuna 9 de Medellín. Aquí vivió casi treinta años Luis Ángel Muñoz. Él sufría distrofia muscular desde los cinco años. Una enfermedad compleja y crónica que convierte tus músculos en gelatina y te entorpece los movimientos hasta hacerlos imposibles; hay tensiones necesarias para controlar algo en la vida y aquí no hay ninguna. Aun así, Luis Ángel no se dejó derrotar por la enfermedad y la soledad. Único habitante de una casa modesta de apenas un cuarto, sala no muy grande, cocina y un baño. Piso limpio, aunque precario:

las baldosas disperejas tenían huellas de otras vidas. Luis Ángel es un poco como su segundo nombre propone. Decidió convertir su casa en biblioteca para el barrio y entonces la sala pasó a ser salón de tareas para los niños de la cuadra. Los libros llegaron a través de donaciones. Así las paredes empezaron a cubrirse con anaqueles artesanales y publicaciones de variada naturaleza, desde textos escolares hasta literatura. Si algo hizo Luis Ángel en su vida fue leer. Y empezó a compartir con los chicos el mundo que comprendió entre páginas.

Como agradecimiento, y sin que nadie se lo hubiera pedido, una vecina le trajo algo de comer y otra más le ayudó a tener la casa en orden. Las mismas vecinas madres de esos niños empezaron a pasar la puerta para ayudarlo a vivir mejor al hombre que desde el suelo les enseñaba a soñar con el cielo a los muchachos. Luego llegó una silla de ruedas y no tuvo que seguir a rastras sobre sus nudillos y brazos. Si algún lugar era el corazón del barrio fue esta casa. Un hogar de solidaridad constante donde compartir, según vi, era el verbo más conjugado. Compartían tiempo, conocimientos, lecturas, alimentos, quehaceres.

La solidaridad es una fuerza que contagia. Como la esperanza. En la solidaridad habita la inspiración. Años después de conocer la casa biblioteca de Luis Ángel entré a una tienda en El Corazón, un barrio de la comuna 13 de la que tanto se habla en Medellín. Después del mostrador y el mecató surtido, atrás de la pared abarrotada de víveres y abarrotes, la sala de la casa se había convertido en pequeña biblioteca barrial. La dueña de la tienda me contó que había visto en la

televisión unos años atrás lo que había hecho un señor en el barrio Pablo Escobar y que ella había querido replicarlo. Aquí hasta un computador, además de los libros, servía para buscar las tareas de los niños.

Qué semilla profunda sembró Luis Ángel Muñoz sin saberlo.

Cuentan que Margaret Mead, célebre antropóloga norteamericana nacida en Filadelfia, escuchó alguna vez la pregunta de una estudiante que quería saber cuál fue el primer signo de civilización de una cultura. La respuesta no fue tan obvia como decir la rueda o el lenguaje. Ella dijo que el primer signo hallado fue un fémur humano curado luego de una fractura, un hueso de la pierna que señala que alguien cuidó a ese ser el tiempo suficiente para reponerse de lo que sería una sentencia de muerte. En la naturaleza un hueso fracturado en la pierna implica inmovilidad e imposibilidad para alimentarse, buscar refugio o huir de los depredadores. El gesto de cuidar solidariamente a alguien más que a uno mismo y no dejarlo atrás, es signo de humanidad en la enseñanza de Margaret Mead: «Ayudar al otro en superar una dificultad es el inicio de la civilización».

Ayudar.

Otro.

Civilización.

Tres palabras apenas. Y, al mismo tiempo, mucho más que tres palabras.

Permítanme un instante para decir que solidaridad y memoria son dos palabras del mismo diccionario cotidiano. Fue en una sala del Museo de Antioquia que vi, estremecido, esta evidencia. En una pequeña sala diagonal al parque Centenario El Libertador, de Quibdó, volví a encontrarme con esa misma evidencia. El telar que conmemora la masacre de Bojayá lleva tejidos los nombres de las víctimas del 2 de mayo de 2002. Esa iglesia asediada hecha fuego y cenizas con la población que se resguardaba dentro, fue el lugar de la muerte para setenta y nueve personas después de que cayeran allí pipetas lanzadas como bombas, en enfrentamientos entre paramilitares y guerrilleros, bajo la mirada del ejército nacional.

Con aguja y devoción tantos nombres, uno a uno, hilo a hilo, cosidos en ese telar multicolor reivindican la vida de los que no debieron morir así. Frente a cada nombre está tejida también una figura con su ocupación o un rasgo con el que quieren recordarlo. Las manos entrelazadas de las mujeres de Bojayá han hecho este telar. Todos los muertos que pueden leerse ahí duelen con el mismo dolor. No hay forma de ver este telar sin lágrimas en los ojos.

Cuando la guerra propone olvido, la solidaridad contesta: memoria.

En las semanas siguientes a la cruenta operación Orión —luego del 16 y 17 de octubre de 2002—, cuando los tanques de guerra de la cuarta brigada todavía custodiaban las calles aledañas a Belencito y la unidad intermedia del barrio San Javier lucía como hospital de combate, las monjas lauritas instalaron un rito los jueves a eso de las dos de la tarde de cada semana: veías desfilar una a una a madres

y abuelas venidas de los veintitrés barrios que conforman la comuna 13 hasta las puertas del convento fundado por la santa madre Laura. Ellas llegaban, unas como bastón de otras, hasta este pequeño oasis de silencio y paredes altas y se reunían en un círculo en el que se daban permiso para llorar. Lloraban sus miedos y también sus muertos, lloraban las lágrimas que no podían llorar en casa porque allá debían ser fuertes para sus hijos, cada jueves las lágrimas de una semana humedecían pañuelos y palabras y se iban haciendo abrazo. A eso se reunían como plañideras, a llorar. Solo eso. Todo eso. Secaban las lágrimas con una oración y se despedían hasta la próxima semana, hasta el próximo llanto.

La solidaridad dice que alguien siente suyo el dolor tuyo.

Año 2014. Las Madres de La Candelaria son mujeres —y uno que otro hombre— que buscan a sus hijos desaparecidos. Su canto reclama «porque vivos se los llevaron / vivos los queremos». Ellas hacen su plantón de viernes en el centro de Medellín, comuna 10, desde hace más de veinte años. El parque Berrío conoce sus pancartas con fotografías y nombres de los que no están, de los que dejaron en casa una silla vacía y un puesto en la mesa del comedor que nadie ocupa. Ellas, en los días de una iniciativa llamada Mayo por la vida, que promueve la no violencia en la ciudad, tuvieron una idea propia de corazones solidarios; uno de los gestos cotidianos que más extrañan las madres es cocinar para sus hijos. Y pensaron en acercarse a una fundación que atiende chicos huérfanos, varios por culpa de la guerra. Dos extremos de un mismo cordel. ¿Qué podían hacer? Los niños han de extrañar la comida

hecha por una madre, así como ellas extrañan cocinarle al hijo. Entonces surgió El almuerzo de la mamá. Justo el Día de la Madre. Y así una fecha que duele y les atraviesa el pecho a unos y otros empezó a tener aroma de comida en olla grande y sonido de sonrisas chiquitas. Cocinaron al descampado, recuerdo, en las mangas del Museo Casa de la Memoria una vez y en el prado del Parque Explora un año después. Qué imagen poderosa esas mujeres mirando en esos niños a sus hijos desaparecidos. Qué imagen tierna esos chicos huérfanos mirando en esas mujeres a sus madres perdidas.

Por un día aparecieron los desaparecidos y fueron abrazo.



La solidaridad se aprende. La solidaridad se enseña. Nelson Mandela escribió en su autobiografía *El largo camino hacia la libertad*: «Nadie nace odiando a otra persona por el color de su piel, por su origen o su religión. La gente puede aprender a odiar, y si puede aprender a odiar, se le puede enseñar a amar, porque el amor se encuentra más de forma natural en el corazón del hombre que lo contrario». Traigo estas palabras acá porque la solidaridad es una de las formas del amor. El niño gatea, luego camina por imitación, lo sabemos. Asimismo, el ejemplo es una poderosa herramienta en términos pedagógicos y educativos y, si logra tocar el corazón, se convierte además en inspiración.

Y la inspiración se transmite como un virus que, por esta vez, te hace sentir mejor.

Si el asunto cruza por la aritmética tenga en cuenta que la solidaridad es una suma que multiplica. Y esto no es un dato menor porque la adhesión a la causa de otro es uno de los principios de bienestar colectivo. Colombia es uno de los países más desiguales del mundo, un hecho dolorosamente refrendado con certeza por diferentes mediciones. El Foro Económico Mundial publicó en 2020 el índice de movilidad social, en que clasificó ochenta y dos países del mundo con base en las posibilidades que tiene una persona, de bajos recursos, para alcanzar un ingreso promedio que haga posible una existencia con acceso a salud, educación, tecnología y protección social. Allí Colombia ocupó el puesto 65 por la desigualdad de su sociedad y la mala calidad de la educación como principales (no únicos) factores que aportan en esta conclusión. La lupa lleva la mirada más cerca y retrata que, en tiempos de confinamiento por el covid-19, una cuarta parte de los hogares colombianos ha pasado de servirse tres comidas al día a disponer solo de dos comidas diarias según datos del Departamento Nacional de Estadísticas (DANE) compartidos en agosto de 2020. La brecha social cada día es una grieta más profunda entre los pocos que tienen mucho y los muchos que tienen poco y nada.

Una nación desigual es tierra de pastos fértiles para alimentar a los caballos de los jinetes del apocalipsis. Y a la desigualdad la puedes combatir, también, con solidaridad.

Hubo un tiempo, cuentan los que saben y recuerdan, en que el país tal vez estuvo mejor representado por la primera dama que por el presidente de la nación. Nydia Quintero es el nombre de esta mujer opita que creó en 1975

—tres años antes de que su esposo de entonces llegara al Palacio de Nariño— la Fundación Solidaridad por Colombia. Casi hizo suya esa palabra que comenzó a ser un adjetivo que se usaba como apellido: desfile solidario, rifa solidaria, baile solidario, cena solidaria... y así se veía desde la provincia la solidaridad que, siempre, ocurría en Bogotá y la transmitían mínimo una vez al año por televisión.

La solidaridad en el barrio se llamaba convite.

Llegando el fin de semana la tarea estaba clara: construir el barrio entre todos. Entonces, sin importar ocupación, cada quien se transformaba con juicio y cuidado en lo que fuera necesario. Albañiles todos a la hora de hacer las escaleras que llevan a la parte alta para que la subida no siguiera siendo escalar en barro. O hacer la calle, dejando poco margen para la cuneta, o incluso ser fontaneros de la casa del vecino. Pintores todos, eso sí, porque eso se aprende y ejerce más rápido. Y mientras unos mezclaban cemento y materiales otros revolvían la olla grande, la de hacer natilla en diciembre, para cocinar el sancocho que llegada la hora era el almuerzo para las decenas de manos que trabajaban juntas en el convite. Mientras tanto los niños revoloteaban. Así se construyeron barrios enteros en las zonas en que la planeación corría por cuenta de los propios habitantes de esas casas hechas con mano de vecino y las escaleras y calles compartidas. La principal fuerza de construcción es la esperanza. El anhelo de que este lugar que empieza a llamarse casa sea, de verdad, un hogar. Porque estos barrios populares y populosos han sido lugares poblados en su primera generación por gentes que han llegado como

desplazados, arrancados de un sitio, que no quieren ser expulsados de otro.

Así, tantas veces, es la historia repetida de las ciudades de este lado del mundo donde los vecinos se dan la mano para levantar sus sueños juntos. Porque la mano del próximo, del prójimo, es la única que te puede comprender.

* * *

Existe un dicho muy popular en Antioquia que muchos crecimos escuchando: «Donde comen dos, comen tres». Es una definición casera de la voluntad de compartir como regla de vida. Lo han dicho las abuelas y las abuelas de las abuelas y así ha llegado a nosotros, nietos de aquellos nietos, y en esas cinco palabras se expresa un compromiso ético que implica que el hambre del otro te importa. El hambre como metáfora que va más allá del estómago.

En el barrio Niquía, en Bello, está La Titi. Así la conocen todos. Tan cierto es que pocos recuerdan su nombre de pila. Ella vive con las mismas dificultades de sus vecinos, en un sector del Valle de Aburrá en que a veces lo que abunda es la escasez, y sin embargo decidió abrir un comedor comunitario para que los niños de la cuadra no se fueran con hambre a estudiar en las mañanas. Esos desayunos calientes que comenzaron en su cocina con donaciones de los tenderos cercanos motivados por La Titi pasaron de ser ocho primero, luego diez y después ciento veinte y ciento cincuenta que se sirven por turnos en un salón que consiguió rentar en

cercanías de su casa. Senderitos de Amor se llama el comedor de La Titi. Y ahí mete mano también su esposo, sobre todo en los almuerzos que también van sirviendo plato por plato sin costo para los niños que siguen llegando. Él ayuda más fácil a mediodía, porque las noches se le hacen largas con su dueto de música campesina con que da serenatas y aporta para el sustento y sostenimiento de la casa que se fue llenando de hijos propios y de hijos prestados, conforme esos niños que pasaban al principio de esta historia crecieron y ahora son padrinos del comedor que ayudan a solventar los gastos.

En el 2020, cuando fue dictado en marzo el encierro forzado, muchos de los vecinos de La Titi vieron y vivieron estremecidos la imposibilidad de llenar sus neveras con algo distinto a la queja y el lamento. Las ayudas estatales son un lujo y este lugar no es muy lujoso. Hay que ver la esperanza que pusieron en ella y en su teléfono.

Luz Marina Gómez Otálvaro hizo lo que pudo. No dijo ese nombre —que es el suyo— dijo La Titi, dijo miyo, dijo qué pena molestar. Pero no fue molestia, fue alivio. Ella es un símbolo de solidaridad en su comunidad y si algo despierta solidaridad, aunque suene a contrasentido, son los tiempos difíciles, la precariedad. Es en ese instante cuando la generosidad, que es prima cercana de la palabra que tanto he escrito aquí, aflora vital.

La solidaridad es hija legítima de la justicia y la generosidad.

* * *

Redes sociales, con ellas tantos salen a pescar cada día. Tras la pantalla pululan y desfilan, como en pasarela, la vanidad y el odio mirándose de reojo. También camina lenta por ahí la verdad mientras las mentiras y las noticias falsas saltan de tres en tres. Alguien vocifera que el demonio vive en ellas, otro le contesta que es esfuerzo vano resistirse al futuro que ya llegó. Y ahí se van y se ven entre retuits, stories y posts. Pero no todo es una hoguera ardiendo: alguien necesita sangre en el hospital y después de un tuit la enfermera recibe a los donantes, alguien comparte una alegría genuina y se siente acompañado con la respuesta de los desconocidos que le celebran como si le conocieran, alguien hace una pregunta pidiendo ayuda y encuentra la solidaridad por respuesta. #YoSoyComuna8.

Escrito con *hashtag* como pide la gramática del algoritmo.

Pasar del trino al hecho. Días de junio de 2012. Por entonces la violencia y enfrentamientos entre las bandas de la comuna 8 han cerrado y aislado, literalmente, dieciocho barrios de esta esquina de Medellín. Una llamada telefónica cerca de las tres de la mañana dice: «Tenemos miedo, la balacera lleva más de cinco horas», ante esto un trino, un tuit, contando la situación. Las respuestas a esos caracteres empezaron por mensaje directo: «¿Qué hacemos?», y también algunas respuestas públicas que decían lo mismo: «¿Qué hacemos?» La única respuesta posible: «Vamos, no los dejemos solos».

En menos de tres días se sumaron muchas voces, medios de comunicación, autoridades, celebridades, anónimos, artistas... Ir en bandada allí forzaría, de ser posible, una tregua. Todos los que se sumaron dijeron en coro «Yo soy comuna 8».

Por primera vez, Teleantioquia y Telemedellín hicieron juntos el noticiero emitido en simultánea por ambos canales, originando desde la cancha del barrio Las Estancias. Y más de siete periódicos fueron hasta Villahermosa a contar historias que el miedo había callado. Y emisoras de radio nacional hicieron fiesta en aquellas calles. Y humoristas fueron recibidos con aplauso y cariño. Y los artistas de la zona volvieron a salir a la calle a cantar. Y artistas de otros lares fueron hasta allá. Y una señora daba las gracias porque había vuelto a salir al parque después de semanas de miedo y encierro. Y el tendero atendió sin pagar vacuna. Y hubo marcha de no violencia recorriendo la comuna entera. Y tanto más que empezó un período de calma...

Y empezó con una llamada.

Y un trino.

Y la soledad que trajo el miedo le tuvo miedo a la compañía que trajo la solidaridad.

* * *

Solidaridad es el nombre del partido político de los trabajadores en Polonia. El que tuvo a Lech Wałęsa a la cabeza y lo llevó a la presidencia que ejerció entre 1990 y 1995. Wałęsa, Premio Nobel de Paz, es hijo de los cambios en el lado soviético de las ideas que, en 1989, configuraron un nuevo mapa del mundo a partir de la caída del muro de Berlín.

Cambios que han marcado la historia han empezado con esa palabra. Porque la solidaridad quiere cambiar el estado de

las cosas, romper con la inercia que beneficia a la inequidad, despertarnos del adormecimiento que es la apatía, darnos motivos para levantar la mirada del que se ha quedado quieto mirándose los pies. La solidaridad nos permite avanzar.

En 1991 Medellín fue considerada la ciudad más violenta del mundo, incluso por encima de Beirut, que era la capital más fatigada por los conflictos en el mundo en aquel entonces. La década que va entre 1984 y 1993 es cruenta y llena de ausencias y cicatrices la historia de esta ciudad. Son los años de las guerras de los carteles de la droga, tiempos en que las palabras sicario y carro bomba fueron comunes en los periódicos y en las conversaciones y dejaron esquirlas difíciles de sanar. La manera que encontró la ciudad para renacer fue la solidaridad. Recordamos que el otro nos tenía que importar. Se consolidó un modelo de planeación, gestión y administración en que participaron empresarios, académicos, políticos, líderes y gestores sociales y culturales. Alianzas público privadas, o APP, que es la sigla con la que se les conoce, es el modelo que permite que la sociedad desde esquinas distintas sume ideas, talentos, capacidades y capital en un propósito común. Algo así como un todos ponen en el que nadie quita.

La solidaridad también es una solución práctica ante las dificultades.

Hemos sido un país en llamas. Alguien escribe el nombre de este pueblo con las cenizas del último incendio. En surcos de dolores, ¿el bien germina ya?, casi nos pregunta el himno nacional. La respuesta triste podría ser un largo minuto de silencio, de los que habitan cementerios. Pero esa no es la única respuesta, ya lo hemos visto, el bien germina, aunque

no esté en los titulares de las noticias de la radio en la mañana. Sabes que está en los gestos cotidianos de una familia que reconoce y fomenta el valor de compartir, en una comunidad que entiende el futuro como plural y colectivo, en aquel que dona tiempo y conocimiento a una causa ajena que siente propia, en la bolsa llena con plaquetas y glóbulos del banco de sangre porque hay donantes. Y la lista sigue, claro.

La solidaridad es una de las formas del amor.

Donde comen dos, comen tres. †



DOMINIQUE RODRÍGUEZ

Un canto a la solidaridad

Sesquilé, 5 de julio de 2020

Hermana querida,

¿PUEDES CREER QUE ME PIDIERON QUE ESCRIBIERA SOBRE solidaridad? Me parece increíble, justo en este momento tan peculiar de la historia, en el que podemos añadir una nueva palabra a nuestro vocabulario: pandemia. No sabes lo cerca que me parece que están ambas. Me puse feliz con la invitación y no dudé un instante en decir «¡Sí! ¡Sí quiero!», porque justo he tenido atravesada esa palabreja bonita que implica pensar en el otro, algo que nos cuesta tanto a los colombianos, quizá más que por egoísmo, por incapacidad emocional y empática de entender que hay quienes tienen vidas, mundos, ideas y realidades distintas a las nuestras. Y es raro, o tal vez no, porque ahora que estoy sola en medio de la naturaleza, ¡oh privilegio!, pienso más que nunca en los demás. Al menos conscientemente. Supongo que estos estados de soledad te permiten concentrar la cabeza y el

corazón en intentar ver más allá de tus narices. De no hacerlo, de pronto te empiezas a hundir y hundir en la pensadera melancólica.

El otro día, mientras paseaba un momento por el jardín, Roberto, ¿te acuerdas?, el jardinero, administrador y todero que nos conoce desde que era yo una repollita como de doce años y tú esa sílfide de siempre, me contó que se había lanzado a sembrar papas criollas en su parcela pero que los precios, por cuenta del COVID-19, estaban por el piso, ¡dieciocho mil pesos el bulto cuando debería costar por lo menos cincuenta mil!, así que estaba evaluando en no cosecharla porque le salía más caro contratar a los muchachos que lo ayudarían a recogerla que dejarla podrir. ¡Podrir! Me atragaté al oírlo, no podía creer lo que estaba pasando y vi, en sus ojos, lo que significa este momento en el país. También, justo en estos días que se han vuelto meses y que quién sabe cuándo acabarán, oía decir al presidente de la Federación Nacional de Ganaderos que la mitad de la leche producida en Colombia se estaba perdiendo... Me trajo a la memoria esas escenas espantosas de cómo se ha botado comida en la historia de este mundo nuestro. ¡Con tanta hambre, Mimí! Esa imagen de las banderas rojas en las casas de los más necesitados de Bogotá, clamando por ayuda, es el resumen macabro de este desastre. Así que me puse manos a la obra, mandé un mensaje en el chat de los amigos, les conté de la situación y les pregunté si alguno se le mediría a comprar unas papas al precio justo, que yo me encargaría de hacerlas llegar acogíendome al permiso especial de movilización referido al transporte de alimentos perecederos. ¡Y sí! Como

diez personas levantaron la mano y se dijeron dispuestas a aportar a esta causa solidaria. Y empezaron luego a dictar ideas: que se las ofrezca a una destilería de licores, que busque a los bancos de alimentos, que, que, que. Me encantó el entusiasmo. Escribí, llamé, pregunté y terminé reencontrándome con ese nombre que es pura generosidad: el Banco Arquidiocesano de Alimentos del que, además, me enteré que ayuda al campesino comprándole sus cosechas con precios de salvamento, ¡qué palabra!, para que no se pierdan. Sobre todo, que no se pierda la comida. Terminé comprándole a Roberto cinco bultos de papas de cincuenta kilos y donando cuatro, que eran apenas los que podía cargar. Muy poco, claro, pero no sabes lo feliz que me puso llevarlos y él lo contento que estaba de que lo impulsara a seguir con su cosecha. Sentí algo muy extraño, he de decirte. Esa gratitud de sentirse valorado que le he visto a tantos campesinos que de la pura dignidad son un ejemplo de grandeza. Cómo los hemos tratado de mal, regateándoles sus precios y siempre queriendo ganarnos cuatro pesos. Luego de haber dejado las papas criollas en el banco, las repartí entre los amigos que las veían dichosos recién cosechadas, cubiertas de tierra todavía. «¡No las laven, que duran más!», les decía yo, cual campesina que pretendo ser al sembrar hortalizas y hacer queso y pan. Pero, qué lejos estoy yo de esa realidad dura por la que tienen que atravesar los campesinos. No puedo imaginar lo que se les pasa por la cabeza al ver que todo su esfuerzo, en plata y tiempo de siembra, se va al traste por la crueldad del mercado. Lo que siento es que el círculo de amigos se concientizó con

la situación y fue solidario. Sé que están pensando, solos y con sus hijos, en este tema del consumo responsable que tiene tanto que ver con impulsar y apoyar a los verdaderos héroes de esta historia, los pequeños productores de todo lo que usamos y comemos, y no a las multinacionales de electrodomésticos, computadores y televisores que fueron las que se beneficiaron de ese viernes sin el impuesto del IVA... ¿Viste esa locura? En fin, los seres humanos no dejamos de ser profundamente contradictorios.

No sé si allá, pero acá estos tiempos sí que nos han despedido los ojos a los que vivimos en las grandes ciudades, particularmente en Bogotá. Porque la pandemia ha develado las desigualdades sociales en su máxima expresión. Creo que sería cínico decir que estar «a salvo» nos hace sentir bien, porque no es cierto, y creo que hoy debemos reevaluar esas supuestas seguridades que tenemos. Estamos «fuera de peligro» los pocos que nos podemos quedar en casa trabajando y que, por fortuna, tenemos trabajo, ¿hasta cuándo?; pero sobre todo se multiplican los informales, como los llaman las estadísticas, ¡que son más del 60%! Y que, por supuesto, tuvieron que salir a la calle a rebuscársela porque no hay subsidio que llene la mesa de las familias por todo este tiempo, y eso, si es que tuvieron la suerte de recibirlo...

Si tan solo nos pusiéramos en sus zapatos un instante, si fuéramos capaces de ser un poco más solidarios y compasivos, quizá podríamos empezar a ver que, frente a la falta de opciones, tal vez nosotros habríamos hecho lo mismo... Son muchos países los que acá se ven, mi querida. No sé si aprenderemos algo de ello y lleguemos a ser más empáticos entre

todos, pero sí que los estamos viviendo. Ahora, la pregunta es qué vamos a hacer con todo esto. Para no ir tan lejos, cada día es más evidente que muchos de nuestros amigos empresarios se han visto en aprietos porque ya no pueden afrontar sus negocios y han tenido que «reinventarse», otra de esas palabras de este nuevo vocabulario. Muchos están pasando dificultades, tragan saliva y hacen maromas con sus ahorros para mantener a sus empleados sin saber hasta cuándo. Si los grandes están cayendo, no sabes lo tremendo que ha sido para los pequeños o independientes, que somos tantos. Estamos tratando de ayudarnos entre todos, ¡pero parecemos tan pocos!

Son incontables los mensajes que recibo pidiendo donaciones y mercados para quienes tienen hambre, para comprar insumos médicos, para ayudar a salvar negocios de toda la vida, para hacerse a tapabocas hechos en casa, para ayudar a los museos adquiriendo una obra, para comprarles directamente a los campesinos, para ayudar a los cultivadores de fresas, a los productores de queso, o los muchos que están haciendo menús saludables que llevan a domicilio para tener algún tipo de ingreso. Estamos haciéndole el quite, lo más que podemos, a las grandes cadenas que son a las que mejor les va en estos tiempos difíciles. Es muy poco lo que podemos hacer individualmente y es frustrante, pero, quizá querida, es un instante en el que nuestras decisiones, cada una de ellas, pueden hacer una diferencia. Sobre todo para lo que viene. Sueño con que, uno a uno, estemos poniendo un ladrillo de esa sociedad un poco más amable en la que queremos vivir. ¡Es el tiempo de las utopías y la

solidaridad!

Bueno, sin más, te dejo para que me cuentes tú cómo estás.
Tu hermana menor que te quiere, siempre.

Sesquilé, 23 de julio de 2020

Querida Mimí,

Ay, hermanita querida, cómo pasa el tiempo. Me impresiona lo rápido que va y lo incierto que todo se está tornando. También es descorazonador lo difícil que será que nos veamos por ahora. Gracias por tu respuesta y por contarme cómo te las estás viendo tú en medio de este relajo planetario. Tremendo que ya en Europa estén volviendo a encerrar a la gente, pero era de ahí. Debió ser durísimo para todos... Bueno, acá también está muy dura la cosa, como ya te habrás enterado.

¿Sabes? Hablábamos con Francisco, mi amigo psiquiatra, y con Camila, la mamá de Felipe, con quienes casi todos los días conversamos y compartimos delirios, llantos, carcajadas, miedos y soledades, y pensamos que lo más difícil de este tiempo es mantenernos cuerdos.

Fran está oyendo un montón de emociones encontradas en su consulta, que se le ha multiplicado muchísimo. ¡Nos ha tocado a los amigos hacerle terapia! Tanta incertidumbre, tantos vaivenes, tantos afectos tan intensos y comprimidos ahí en unos pocos metros cuadrados, tanto desamor, todo, todo tan contenido y sin respuestas sobre cuánto durará el confinamiento como para calmar los ánimos y ponerse un plazo de concordia. No sé tú, pero acá vamos del aburrimiento agobiante a las iluminaciones creativas, aunque bañadas por

el sollozo, el insomnio, la amistad desde lo lejos, la desazón, la ira, las declaraciones de amor pasajeras y las despedidas... Ha sido tremendo y estamos cada día más conscientes, ¿resignados?, de que así será de ahora en adelante. El egoísmo adolescente ha aflorado como una cruel venganza con esos padres que no los supieron acompañar ni educar. Y, si los que todo lo tenemos —aunque ya hablar en estos términos absolutos es imposible— estamos en realidades inestables, frágiles y con sube y bajas emocionales permanentes, cómo imaginarse a los que cuentan las monedas para el pan del día siguiente o no saben si podrán pagar el alquiler dentro de tres meses.

¡Y del corazón todos estamos afectados! La sensación de soledad es más notable que nunca. La paranoia también. ¿Me quieres? ¿De verdad me quieres? Vivimos de película en película. Sensaciones de vacío, de hueco, de abandono, de desamor. Inseguridades a flor de piel, ¿qué somos? ¿Esto éramos? Ya no te reconozco. Ya no me reconozco ni a mí mismo. Tengo miedo de perderte. No me lo aguanto. No me la aguanto. Puras burbujas. Unos se encuentran, otros se aburren. Muchos se van a separar... porque lo cierto es que nunca habían estado tan cerca. O tan lejos.

Pero, además de toda esta intimidad, la rabia, quizá, es la más brutal de todas las emociones del momento. Una rabia profunda y contenida que siente uno que está exponiendo monstruos. «Lárguese del barrio» o «no nos metan a esos enfermos al conjunto». Mucho odio, Mimí, y qué poca solidaridad con los médicos y enfermeras que nos están cuidando a todos por pura vocación. O con los porteros de nuestros edificios, los tenderos, cajeros o todos los

empleados que tienen que trabajar y también se están exponiendo en el transporte público. Es como si no nos diéramos cuenta de que cada día que pisan la calle para atendernos están poniendo en riesgo su vida y la salud de los suyos. El miedo y la paranoia se han convertido en el peor de todos los mundos porque no parecen ser sentimientos que busquen proteger, sino que están ahuyentando y excluyendo. Nos estamos aislando y viendo al otro como un enemigo, como un vector de contagio del que hay que alejarse y señalar: ¡Enemigo! Vemos enemigos en cada una de las personas que nos rodean. ¿Cómo vivir así?

No me puedo imaginar lo que significa vivir con miedo. Tantos en este país ya lo han vivido, lo siguen viviendo, confinados, escondidos porque una amenaza pesa sobre ellos, la guerra cruel. Solo ahora que tenemos una libertad tan restringida podemos asumir lo que muchos colombianos han sentido por años pero que hemos sido incapaces de ver con compasión y solidaridad. Increíble que, por cuenta de la pandemia podemos, por fin, entender lo que es la incertidumbre, no saber si nuestros hijos podrán regresar a la escuela, si mañana tendremos empleo, si sobrevivirán nuestros papás si salen a la calle... En fin, si habrá un mañana que nuevamente esté fuera de peligro. Nos puso a todos en el mismo lugar y nos bajó de la nube.

También pienso entonces cómo sería si nos permitimos ceder a nuestras testarudeces y verdades absolutas y estar y oír, ¡oír!, las otras voces que nos rodean hasta hacer con ellas un coro que, aunque a veces suene desafinado, podría ser lindísimo porque seríamos capaces no solo de encontrarle su

belleza sino porque una voz rescataría a la otra, contaría con la otra, dialogaría con la otra y hasta bailaríamos con la otra. Cualquier disonancia sería también bienvenida. ¿Qué tal te suena esto tan aparentemente iluso? Y, sin embargo, siento que es lo único que podríamos hacer, a ver si aprendimos algo de estos meses tan duros. Tal vez la lección que nos deja esta pandemia es la flexibilidad de pensamiento y acción, apoyarnos, ser generosos, escuchar más, pero sobre todo ser más solidarios.

Imagínate si aplicamos eso en la vida cotidiana con nuestros afectos, la familia y los colegas; ser menos radicales y estar dispuestos a oír al otro, incluso si no estamos de acuerdo con él; permitirnos la posibilidad del disenso sin tener que cerrar la conversación desde antes de empezar. ¿Cómo dejar de juzgar tan severamente lo que hacen las personas que queremos? Nuestros amigos, hermanos, padres y abuelos. Creo que llegó el momento de apoyarnos en nuestras decisiones, sean las que sean. Y si nos equivocamos, pues estar ahí para acompañarnos y darnos la mano sin la perorata del «telodije». Estos tiempos sí que están poniendo a prueba nuestra capacidad de amar. Un amor ampliado y generoso, capaz de dar nuestro brazo a torcer, incluso si ello significa perder. Muchos afectos se han desmoronado en estos meses raros; y bueno, aunque nuestros corazones están tristes, acongojados y lloran por instantes, también nos hemos hecho más fuertes al tener la incertidumbre como una certeza. Se ha hecho indispensable decirles a los que queremos cuánto los queremos y activar nuestras redes de afecto como único motor para seguir. Esta pandemia ha puesto las cosas importantes de primero, la verdadera y

buscada compañía, la solidaridad, el apoyo entre todos, lo poco que necesitamos para vivir y lo mucho que representa el amor, la amistad y la familia.

Por eso, por si falta decirlo, te quiero.

Sesquilé, 9 de agosto de 2020

Mimí,

Me quedé con una sensación de algo no dicho en la carta anterior. Como con ganas de más. Pensé tanto en lo que te escribí hace unos días que terminé hojeando el diccionario. Cuál no sería mi sorpresa cuando leí los significados de las palabras que me estallaban la cabeza de la euforia, eran tan naturales entre sí que hasta te hice una especie de poema con lo que más me resonó de ellas. Eran como ese canto, ese coro del que te hablaba en la carta anterior. De repente, no podía desligar un significado del otro y se iban sumando como los movimientos de una sinfonía. Hacían parte de una gran cantata. No me cabía en la cabeza que para alcanzar la solidaridad no nos atravesaran, en pleno, sentimientos como la tolerancia, la empatía, la generosidad y la confianza. Sentía como si estuviera componiendo sobre la partitura, y las claves exclamaban que ser solidario era, sobre todo, un acto de entrega y compasión.

Canto a la solidaridad:

Adherirse a una causa

y respetar

las ideas,

creencias

o prácticas de alguien distinto a mí.

Identificarnos, desde la abundancia y la amplitud.
Qué más que
CREER en el otro.
Era eso por ahora, va el desfogue y mi necesidad de com-
partirte la emoción.
Tuya.

Sesquilé, 15 de septiembre de 2020

Hola tú, mi adorada,
¿Sabes qué me tiene impresionada en este 2020? El paso del tiempo, su movimiento implacable, aunque haya transcurrido en una lentitud aparente entre cuatro paredes, las mismas cuatro paredes, por más de seis meses. Siento como si tú y yo hubiéramos hablado ayer mismo, pero mira, ¡ha pasado un montón de tiempo! Y el mundo galopando, quemándose también.

Es raro. Todo es raro en este año raro. Creo que perdimos la noción del tiempo. Se mezclan día y noche por las mil llamadas con la misma ropa, el mismo encuadre, el mismo aire, las mismas angustias de lo que será el después... aunque ya parezca imposible planear un después. Más extraño aún que de un día para otro abrieron el encierro, nos soltaron, y que los que dictan la norma pretendan que la vida pueda regresar a la normalidad. Algunos ya se fueron de parranda, mientras otros están aterrados de volver a la calle de nuevo. Perdona el tono algo lúgubre, supongo que responde al cansancio, no solo mío, sino de todos. Lo cierto es que la pandemia se ha convertido en el gran termómetro de nuestra inestabilidad.

Te confieso que es un ejercicio de resistencia mantener el optimismo. Más cuando nunca habíamos tenido tanto tiempo para observar, en tiempo real, la historia construyéndose frente a nuestros ojos-pantalla. Ser testigos de cómo el mundo se divide entre disyuntivas peligrosas, como aquellas de los países que tendrán la prioridad de la vacuna contra el COVID-19 y los que no; ver la miedosa campaña política de ley y orden norteamericana como si hubiera una ley y un orden únicos y dominantes; o la discusión, ¡aún!, de si salud o economía; o si cabe la justicia en mano propia contra los abusos policiales en medio de discursos raciales que aplastan al otro. La peor, de si una vida vale más que otra, como lo vemos a diario en la crónica roja en la que se han convertido nuestros medios. ¿Cómo rescatar la alegría cuando el panorama es tan bárbaro?

Te pregunto, pero intento responderme también. En busca de refugios que me permitan seguir adelante, lo primero que decido hacer es poner el ojo en otros lugares que no sean estos titulares deprimentes. Digerir el mundo desde allí puede resultar ahogante y tan insuficiente. Y te cuento que en medio de esta pesquisa de argumentos aliviadores me encontré, providencialmente, con el más maravilloso rescate: ¡la biología!

Oí a un micólogo increíble, Merlin Sheldrake, que hablaba de la filosofía de los hongos, de este mundo maravilloso en el cual no solo especies y familias de champiñones perfectamente distintas, sino también un universo inmenso de otros organismos, conviven intercambiando los unos con los otros. Algunas veces, unos recibiendo un alimento, otras veces al revés, y unos hongos incluso poniendo su piel y elementos

con la plena conciencia de su desaparición, pero con la armonía segura de que su aporte permitirá que otros vivan y así asegurar la permanencia del hábitat. Todo su recuento desbancaba la ley del más fuerte como único sobreviviente, y rompía los modelos donde solo la competencia paga para darle cabida a otras alternativas de existencia donde el uno con el otro se apoyan. Lo llamaba altruismo genético y era genial verlo porque, claro, había en lo fundamental un llamado a la solidaridad entre unas y otras especies, pero también un sentido muy práctico de utilidad y conveniencia.

Me pareció fantástico que, dentro de todo este razonamiento, no hay noción de sacrificio, sino de evidencia de que así son las cosas, sin juicios morales o calificativos de lo que está bien o mal, solo la certeza de que la continuidad de la vida implica que se compartan recursos.

Ver que los microbios nos constituyen, nos rodean y nos acompañan, me pareció una manera preciosa de entender que tal vez la pregunta no es alrededor de la alegría —que tantas veces resulta tan esquiva— sino de entender que vivimos de manera orgánica con elementos que nos son extraños o distintos de lo que somos, pero que resultan ser parte esencial del ecosistema del que hacemos parte para poder sobrevivir. Una metáfora sobre cómo aprender a vivir juntos. Solidariamente.

No sé qué pienses de todo esto que me atraviesa y que me inspira.

Espero ansiosa tu respuesta,
te abrazo entre tanto. ‡



JUAN CÁRDENAS

Diario de la solidaridad que falta

**Martes 25 de agosto de 2020.
La dulce tiranía de los hechos**

LLEVO VARIOS DÍAS LEYENDO CON MUCHA ATENCIÓN LO QUE mis amigos han escrito en diversos medios sobre la nueva escalada de masacres de jóvenes en zonas periféricas, casi todas en mi región, que es el gran corredor por el que sale la droga desde la cordillera hacia el Pacífico. En los últimos días he sentido que mis amigos dicen bien lo que yo no puedo decir o todavía no soy capaz de pensar y por eso les agradezco las reflexiones, quejas, análisis, desahogos, provocaciones, memes y carcajadas.

Me gustaría detenerme en un post de Andrea Aldana, cuyo trabajo, sobra decirlo, admiro y respeto mucho. La publicación de Facebook a la que me refiero es una especie de advertencia contra el mal periodismo y las generalizaciones que pueden afectar nuestra comprensión de los fenómenos.

«Para poder entender lo que pasa es deber liberarse del apasionamiento, un análisis serio no puede obedecer al deseo o al prejuicio», decía Andrea y a continuación daba una lista de consejos sobre buenas prácticas que me parece importante reproducir aquí:

I. Hacer un contexto y un recuento de los hechos violentos y el mapa de actores armados, legales e ilegales, en la zona (y sus posibles vínculos con la clase política local) en el último lustro (si se puede de los últimos 10 años) del municipio que se quiere investigar.

II. Reunir información sobre cuáles intereses económicos se mueven en la zona, encontrar en manos de quién están esos intereses y tratar de hacer hipótesis sobre qué o quiénes podrían convertirse en un posible obstáculo para esos intereses.

III. Preguntarse (e intentar responder) quién se beneficia con estas muertes en los territorios y entender que para ello habría que perfilar a las víctimas.

IV. Consultar a quienes las poblaciones ven como autoridades civiles: cura del pueblo, integrantes de las juntas de acción comunal (JAC), líderes de organizaciones sociales, líderes campesinos, entre otros.

V. Dejar de pensar que todo lo que pasa en este país es culpa de Álvaro Uribe, que, como todos, también es ficha que en cualquier momento retiran del tablero.

Creo de corazón que cualquiera que se dedique al periodismo debería saber recitar de memoria esos consejos de Andrea para hacer un buen trabajo en las regiones.

Lo que me parece problemático es que nuestra comprensión del fenómeno se reduzca a ese retrato basado en el apego puntilloso a los hechos, a los datos o a la revelación de unas microtramas económicas y políticas que, en nuestro intento de ser rigurosos y fieles al deber de objetividad, nos conformemos con alcanzar un sustrato empírico último sobre el cual basar nuestro juicio desapasionado. No es este el lugar para desmenuzar la cantidad de problemas filosóficos que toda la doctrina y la praxis del buen periodismo acarrearán, sobre todo por su herencia positivista y empirista. Pero sí puedo decir que me parece importante no detener el análisis en el relato periodístico; la indagación, la conjetura y la formulación de hipótesis deben continuar justamente gracias a las investigaciones que hacen los reporteros. Es importantísimo atreverse a construir teoría, conceptos que hagan pensable el horror que vivimos más allá de los datos, los hechos y las tupidas tramas.

El empirista David Hume —que por negar radicalmente el principio de causalidad es algo así como el abuelo de los enemigos de las teorías de la conspiración— decía que el hecho de que dos fenómenos se den al mismo tiempo no significa que estén unidos por un nexo causal. Esto es, que si meten a la cárcel a Uribe y justo después empiezan las masacres no necesariamente implica que exista una relación de causa-efecto. O que si la estrambótica periodista Vicky Dávila tuitea que van a arrear las masacres en caso de que osemos meter preso a Uribe y luego, como por arte de magia, arrear las masacres, no necesariamente hay un vínculo que ata los dos eventos.

Las buenas prácticas del periodismo operan desde ese principio de escepticismo y está bien que así sea. Pero algo en nosotros se resiste a esa alegre tiranía de los hechos, algo en nosotros sospecha, capta la realidad a través de indicios, como lo hacen las parteras o los pescadores que basan su arte en la lectura de síntomas. Con esto no quiero decir que, en efecto, sí existe un vínculo causal entre estos fenómenos. Lo que digo es que el periodismo solo nos permite entender una parte de todo, una parte pequeña, importante pero pequeña. Porque vamos a suponer que, en efecto, no hay ningún vínculo causal entre esos tres eventos; supongamos que nada está relacionado directamente. Incluso así, los síntomas siguen allí presentes. El ejercicio empirista no logra despejarlos. La mera simultaneidad de esos síntomas suscita preguntas no menos válidas: ¿por qué al mismo tiempo? ¿Por qué en la misma región? ¿Por qué jóvenes? ¿Por qué ese aire de crimen gratuito, sin móviles? ¿Por qué el apresuramiento chambón de sectores del ejército para relacionar a las víctimas con el narcotráfico? ¿Cuáles son las relaciones económicas, pero también culturales entre los monocultivos de la caña, la coca o la palma y la violencia asociada a ellos? ¿Acaso no es cierto que la economía política no se puede pensar sin una economía simbólica, sin unas transacciones de tipo simbólico que se ejecutan en el interior de todas estas violencias para obtener réditos que van más allá de la lógica del conflicto de intereses? ¿Cómo se superponen y se afectan ambas economías? ¿Qué tienen que ver esas dos economías locales con las economías globales?

Es en estas preguntas donde se vuelve pertinente complementar el retrato periodístico con las teorías de pensadores como Achille Mbembe, Sayak Valencia o Michael Taussig, por mencionar solo a unos pocos.

Una parte de la academia y la prensa en Colombia, con su enfoque tradicionalmente positivista, religiosamente atado a ese fervor por la empiria, ha hecho aportes valiosos a nuestra comprensión de lo que nos sucede. Pero desafortunadamente no solo de datos vive nuestra psique colectiva. Si queremos superar esto tendremos que hacer un esfuerzo intelectual y dejarnos afectar por el pensamiento indicial que proviene de disciplinas como la filosofía, la historia, la antropología, las ciencias forenses y el psicoanálisis.

De lo contrario vamos a seguir mirando nuestras violencias a través de unas ventanas muy estrechas. Y esa estrechez intelectual se refleja también en una estrechez sentimental, en una pobreza de nuestros afectos para poder tramitar todo el daño psíquico que hemos sufrido. Sin amplitud intelectual no habrá solidaridad verdadera, ni con las víctimas, ni con los actores del conflicto, ni con nadie.

Miércoles 26 de agosto de 2020. Gente desechable y buenos muertos

Hace un rato leí que el comisionado de paz, un funcionario que en teoría debería estar del lado de las víctimas y luchar por la defensa de los más vulnerables, acababa de decir en una rueda de prensa que no deberíamos llamar masacres a las matanzas

ocurridas en los últimos días. Según declaró este señor, haciendo eco de la burda manipulación terminológica iniciada por el presidente, quien decidió rebautizar las matanzas como «homicidios colectivos», no podemos usar una palabra tan fuerte para denominar un simple enfrentamiento entre narcotraficantes.

El uribismo y los sectores de la extrema derecha que hoy nos gobiernan siempre han utilizado el mismo mecanismo retórico para justificar el derramamiento de sangre, una argucia sacada del manual básico del fascismo histórico si tú o los tuyos asesinan a alguien incómodo; si tú o los tuyos organizaron, participaron, fueron cómplices o simplemente negligentes ante una masacre de inocentes —como ha sucedido tantas y tantas veces—, lo primero que debes hacer es cuestionar la honorabilidad de las víctimas, rodearlas de sombras, enlodar sus nombres, sugerir sin pruebas que se trataba de delincuentes, terroristas, narcotraficantes o guerrilleros (la categoría va variando según el enemigo, construido a voluntad del patriarca).

El efecto más terrible de esa estrategia —aparte de confundir incautos, desviar la atención y enturbiar cualquier posible investigación— es que instalas en el pueblo la idea de que alguna gente merece morir, la idea de que ciertas personas, ciertas vidas, son solo dignas de ser eliminadas. Vidas desechables. Bajo esa óptica se puede acomodar a placer la narrativa de cualquier crimen, por horrible que sea, como el de los niños de Llano Grande o los jóvenes universitarios de Samaniego.

Ese es el mayor logro de la extrema derecha: inocular en el alma nacional la idea de los crímenes justificables, catequizar

a una enorme porción del pueblo colombiano con el credo de que matar a ciertas personas es deseable y natural.

¿Y en un escenario moral de esas características cómo podría hablarse de solidaridad? ¿Cómo podría uno asumir la defensa de los derechos de los más vulnerables? ¿Cómo cultivar, contagiar y fortalecer el perdón hacia los miles y miles de excombatientes que decidieron dejar las armas y ahora ven cómo sus compañeros son asesinados impunemente? ¿Cómo educar la sensibilidad de quienes han sido persuadidos de que el asesinato de los opositores políticos es una cosa digna de aplauso?

Ese, creo yo, es el mayor obstáculo para la solidaridad en Colombia. Porque, a fuerza de repetir la estrategia retórica durante décadas, la extrema derecha ha moldeado la conducta y machacado los principios más elementales de la moral individual de muchos ciudadanos.

En otras palabras, han amaestrado a una gran parte del pueblo en su estética de la muerte como herramienta de presión política y no lo han hecho solo con acciones tenebrosas: lo han hecho con palabras, retorciendo el lenguaje, cambiándole el significado a las frases, creando sintagmas tramposos y pegadizos que la prensa luego repite de manera automatizada.

El lenguaje y la manipulación narrativa han sido la principal arma de esta extrema derecha en todo el mundo y eso no deberíamos olvidarlo nunca.

Mucha gente de moral intachable, después de un breve examen de sus propios sentimientos, se sorprende al reconocer que en el fondo de su corazón ha aceptado la premisa de que hay buenos muertos.

En un país así, donde la gente ha interiorizado esa premisa de que existen personas desechables, que no merecen otro trato que la eliminación física, no puede haber auténtica solidaridad.

A lo sumo, lo que tenemos es un proyecto de solidaridad. La solidaridad que falta. La que tenemos que construir.

Por el momento hay un comisionado de paz que funge como reactivador intelectual de la guerra.

Jueves 27 de agosto de 2020. La lengua del virreino

Otra vez nos llenamos de eufemismos. Nos llenamos de etiquetas, rótulos, frases huecas que no significan nada, pero igual provocan efectos devastadores en la psique colectiva.

Entre 1935 y 1945, Victor Klemperer, un filólogo alemán de origen judío, llevó un diario donde describió las transformaciones que la ideología fascista iba operando en el lenguaje y, por tanto, en la vida cotidiana de la sociedad en tiempos de Hitler. Klemperer se salvó de ser deportado a los campos gracias a que estaba casado con una mujer aria, Eva Schlemmer, de modo que pudo observar con relativa libertad lo que estaba sucediendo en la calle. «El nazismo se introducía más bien en la carne y en la sangre de las masas a través de palabras aisladas, de expresiones, de formas sintácticas que imponía repitiéndolas millones de veces y que eran adoptadas de forma mecánica e inconsciente»,

escribe Klemperer. El diario de Klemperer, *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, es un documento invaluable para observar en primera fila, de la mano de un experto en el funcionamiento interno del lenguaje, cómo la propaganda nazi consiguió alterar el significado mismo de las palabras.

No tengo duda de que eso es lo que ha hecho con gran eficacia la extrema derecha colombiana durante las últimas décadas a través de sintagmas vacíos como «seguridad democrática», «ideología de género», «confianza inversionista», «castrochavismo», «autodefensas», «sicario moral», «buenos muertos», «masacres con sentido social», «asesinatos aplazados» o el más reciente, «asesinatos colectivos».

Cabe preguntarse hasta qué punto este juego macabro de desplazamientos lingüísticos ha acabado por afectar nuestra comprensión de aquellas palabras que asociamos con valores y principios humanos fundamentales como «amor», «pueblo», «pasión» o «solidaridad».

Yo creo que todo nuestro campo semántico está profundamente dañado después de tantos años de guerra. Somos una sociedad enferma, con un lenguaje enfermo y por eso aquí no se puede ejercer el amor sin producir algún tipo de violencia. El amor en Colombia mata. El amor del padre violador y maltratador, el amor de la madre que disimula la violencia del hogar, el amor del gamonal que ama a su pueblo mientras lo explota y lo vampiriza, el amor del hijo que asesina por el bienestar de su madre, el amor a la tierra que devasta campos e incendia bosques, el amor del secuestrador que alimenta a su víctima.

Esa enfermedad del lenguaje ha carcomido desde adentro la manera en la que amamos cotidianamente, en las relaciones de pareja, en los ambientes laborales, en los círculos de amigos.

Nuestro amor mata porque el asesino ha conseguido que hablemos su lengua mortuoria.

¿Cómo reconstruir entonces un amor que ha sido colonizado por la gramática del poder traqueto? ¿Y acaso existe otra salida que no pase por insistir en amarnos?

Qué difícil es amar en Colombia. Y por todo lo anterior: qué tarea difícil escribir poesía en este país lleno de poetas. Hacen sus versos sobre campos semánticos minados, como escriben algunos de mis amigos: Felipe García Quintero, Santiago Rodas, Catalina González o Tania Ganitsky. Me conmueve que insistan en hacer poesía en medio de este cementerio de las palabras.

Nota (a manera de anécdota):

Hoy se divulgó una lista de cuentas de Twitter provenientes de un estudio encargado por el Gobierno para evaluar si estos usuarios producen una opinión favorable, desfavorable o neutra de la (indi)gestión presidencial. El nombre de mi esposa está en esa larga lista, marcada como NEGATIVO, es decir, como una persona cuyas opiniones no halagan al Gobierno, que, por cierto, según un informe de la Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP), pagó por ese estudio una millonada de pesos sustraídos del presupuesto para la implementación del acuerdo de paz.

Viernes 28 de agosto de 2020.

Escenas de un matrimonio

Luciana me propone que veamos una película. Para desconectar, dice, porque llevamos muchos días angustiados con las noticias de Colombia y la pandemia y deberíamos distraernos.

Acabamos yendo a lo seguro y vemos *El hombre que sabía demasiado*, de Hitchcock, una de esas típicas historias de aventura y evasión, con viajes a lugares «exóticos», espías, peripecias y malentendidos. Disfrutamos mucho de la película. Logra descontaminarnos de la actualidad durante un buen rato, por supuesto, pero por divertida que sea no deja de tratarse de una película de Hitchcock, o sea, algo engañosamente superficial. O mejor, una superficie plástica llena de síntomas.

Me quedé pensando en una secuencia que me resultó especialmente violenta, irritante por todo lo que implica. Me refiero a la famosa parte donde el protagonista, un doctor interpretado por James Stewart, intenta darle una píldora tranquilizante a Doris Day, que hace el papel de su esposa. Ella se resiste. Sabe que está siendo manipulada, pero él se impone como marido y como médico: «Mi trabajo es saber cuándo le conviene al paciente tomar su medicina», dice. «Ambos sabemos cómo te pones». La escena no podría ser más reveladora de las relaciones de poder patriarcal, no tanto a pesar sino justamente a causa de las buenas intenciones del marido. Él, por supuesto, solo quiere lo mejor para su mujer. Stewart sabe que ella va a perder los nervios y se adelanta

a su reacción. La mujer queda de este modo infantilizada, reducida a una especie de niña que no podrá dar cuenta ni mucho menos controlar las reacciones típicamente femeninas de su cuerpo en cuanto se entere de la terrible noticia: su hijo Hank ha sido secuestrado. La pareja se encuentra en un viaje de placer por Marruecos y se ha visto envuelta por azar en una compleja trama internacional que involucra un plan para atentar contra un jefe de Estado. Los espías eligen por su candidez a James Stewart, lo meten en todo aquel embrollo y es así como este acaba recibiendo la información del atentado de boca de un agente moribundo. Los del bando opuesto, temerosos de que el médico pueda revelar algo del plan, secuestran a su hijo para silenciarlo.

Todo esto resulta tanto más ofensivo porque es justamente la esposa quien, desde los primeros minutos de la película, le está advirtiéndole a su marido que no debería ir por ahí revelando información personal ante extraños. Ella es quien capta los indicios, quien lee la realidad y está atenta a los detalles, a las señales reveladoras. Pero él, un clásico señor sensato anglosajón, un *completely reasonable white man*, desdén las advertencias de su esposa. Incluso se burla de su supuesta paranoia, de sus fantasías.

La secuencia de la que hablo es desesperante, cruel, tensa, en definitiva, puro Hitchcock. El doctor consigue convencer a la esposa de que se tome el tranquilizante a cambio de la verdad. Ella accede, ingiere la píldora y el marido comienza a revelar todo. Te lo advertí, grita ella, a punto de quedarse dormida. Te dije que esa gente no era de fiar. Y él le da la razón. Sí, sí, estabas en lo cierto, me lo dijiste. Pero ese

reconocimiento no obliga al doctor a cambiar su postura ante la inteligencia o la perspicacia de su esposa. Al contrario, Stewart consume el sometimiento con el recurso a la medicalización. El calmante hace efecto y la mujer cae profundamente dormida.

Podemos decir que el doctor quiere evitarle a su mujer un dolor de cabeza o una crisis nerviosa. Pero sus motivaciones inconscientes van por otro lado: se trata de usar el aparato farmacológico de control para poner a dormir, literalmente, las facultades cognitivas de su esposa; facultades históricamente asociadas a lo femenino, esto es, la detección de indicios, la lectura de la realidad como un texto cargado de lapsus reveladores, los *glitches* de *Matrix*. Y al final serán esas facultades «femeninas» reprimidas las que se impondrán en la película. Porque mientras el doctor se empeña en seguir sus estúpidos métodos de hombre sensato y convencional —una mezcla de racionalidad mecánica, fuerza bruta y arrojo temerario—, será la esposa quien continuará captando las señales que conducen a la resolución de la trama.

Visto así, el título de la película adquiere un tono lleno de ironía feminista: *El hombre que sabía demasiado*. ¡Pero si no sabía nada! ¡Es un pelmazo que está a punto de arruinarlo todo cada cinco minutos, mientras su mujer resuelve el caso! Es más, a ella no le hace falta saber mucho, porque su paradigma no es el de la información sino el de la lectura del mundo. El doctor tenía acceso a unos «datos», que él trata de someter a su raciocinio, pero su capacidad para leerlos deja mucho que desear.

He hablado mucho de la película, pero lo que me interesa establecer aquí es una comparación entre la actitud de este médico y la violencia que el autodenominado centro político ejerce contra los progresismos. Y no solo en Colombia, porque esto lo vemos en todo el mundo, o al menos en eso que se suele llamar Occidente. A mi juicio, el centrismo está perfectamente representado por ese personaje de Stewart, que siempre quiere lo mejor para los suyos, que se jacta de su sensatez, de su juicio desapasionado, de su «realismo», que siempre está dispuesto a asumir el rol del padre protector. Ese *completely reasonable white man* que, para reforzar su postura, se burla de la paranoia de su esposa, que desdeña la perspicacia como una mera tendencia a la fabulación y que, desde luego, nunca considera necesario valorar las facultades cognitivas «femeninas». Porque ese hombre blanco perfectamente razonable tiene fe ciega en lo que él considera las ciencias duras o al menos en las que él asocia con una idea de rigor. Todo lo demás (la filosofía, la literatura, la historia o el psicoanálisis) es débil, decorativo, cosa de señoras. El centro es ese buen doctor que prefiere ponernos a dormir con tal de no aceptar que, desde el mismo principio de toda esta horrible y absurda pesadilla, habíamos visto los primeros síntomas del descalabro.

Y si la historia ha de seguir el mismo camino que la película de Hitchcock, nuestro ingrato papel desde la izquierda será el de conducir la trama a un final feliz mientras el marido no se cansa de cometer torpezas, haciendo el ridículo y comportándose como el único adulto en la sala. El sabelotodo, el que sabía demasiado.

Está en manos del centro comportarse de una manera más solidaria con la izquierda y hacer una seria revisión de sus métodos y conductas. O si eso les resulta del todo imposible, nos conformamos con que no nos obliguen a tomar pastillas para dormir con algún chantaje.

Todo indica que las relaciones de pareja, con su impronta patriarcal, están estrechamente vinculadas a las relaciones entre el centro y la izquierda. Ya va siendo hora de que estos conflictos conyugales se tramiten de una manera más inteligente y sensible.

Miércoles 9 de septiembre de 2020. **El monstruo**

Hace unos días recordaba aquí a Hume, el filósofo empirista, que afirmaba eso de que la confluencia de dos eventos en el tiempo no es razón suficiente para establecer un nexo causal; que una relación de contigüidad espacial o temporal no implica necesariamente una relación de causalidad. En otras palabras, Hume era tan escéptico respecto de la causalidad que para él no había manera de probar que el humo estuviera directamente relacionado con el fuego. El humo es tan solo algo que ocurre después —pero no a causa de— prender candela.

Lo recordaba justamente porque el empirismo inglés y el escepticismo en el que se basa su metafísica se encuentran en el corazón mismo de la lógica del periodismo moderno, una circunstancia histórica y filosófica que ha producido lo mejor y lo peor de ese noble oficio.

Hoy *El Espectador* titula: «Hombre muere luego de un procedimiento policial».

Es decir, el hombre no fue asesinado por la policía. La policía no mató a un hombre durante un «procedimiento» [sic]. No. El hombre murió simplemente DESPUÉS DE y no A CAUSA DE ese «procedimiento» [sic] policial.

En un contexto de innegable avance del fascismo tropical como el de Colombia, el talante humano —que en otros casos sirve para contrastar bien los datos de una investigación— es apenas una herramienta al servicio de la hipocresía, el eufemismo y la interrupción de los vínculos entre el lenguaje y la verdad. La prensa liberal se erige así en colaboracionista cotidiana en la consolidación de la neolengua. Con cada titular, con cada redacción, con cada palabra.

Y ese es solo uno de los muchos vínculos —voluntarios o no, conscientes o no— entre fascismo y liberalismo. Es el liberalismo triunfante de los noventa el que ha producido el mundo facho en que vivimos hoy. Y no precisamente por una relación de mera contigüidad, no. En este caso el humo y el fuego se funden en una intimidad tan estrecha que uno ya no sabe dónde empieza una cosa y dónde termina la otra.

Vivimos en el mundo forjado por los James Stewart, por los *completely reasonable white men*, pero esos mismos señores tan sensatos miran a los Bolsonaros, los Trump y los Uribes como si hubieran sido obra de un dios maligno venido del espacio exterior. Ante cada atropello, ante cada nueva acción de muerte, se llevan las manos a la cabeza y exclaman: «Oh, qué clase de monstruo pudo haber perpetrado este acto». Y yo solo puedo recordar unas viejas declaraciones del líder

paramilitar Salvatore Mancuso, quien afirmó alguna vez que ellos, los grupos paramilitares, eran un monstruo de Frankenstein creado por las civilizadas élites nacionales. Un monstruo que se volvió incontrolable.

Con todo su poder destructivo, con toda su capacidad de producir muerte, dolor y trauma, mi solidaridad siempre está con el monstruo. Nunca con sus fatuos y banales creadores. El monstruo tiene una relación profunda con la verdad. El monstruo en cierto modo es la verdad, la verdad reprimida. Y para que podamos construir amor y solidaridad necesitamos esa verdad del monstruo. La verdad que nadie quiere ver porque, como sabemos bien gracias a los lugares comunes de la literatura, el monstruo al final está dentro de todos nosotros. †

Autores

01. JUAN MOSQUERA

Medellín. Comunicador social y periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana. Ha sido cronista y columnista de opinión en las páginas de *El Colombiano*, *La Hoja de Medellín*, *El Mundo* y *Laszorillas*. Trabajos suyos hacen parte de algunas antologías y compilaciones de periodismo narrativo. También ha sido productor de radio, documentalista, guionista y director de televisión. Ha liderado distintas causas y proyectos sociales en defensa de la vida y los derechos humanos.

02. DOMINIQUE RODRÍGUEZ DALVARD

Bogotá. Periodista cultural y escritora. Ganadora del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 2009, fue editora de las revistas *Diners*, *Cambio* y *Cromos*. Trabaja en Teatropedia, un proyecto del Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo que busca generar una discusión en torno al rol de la cultura en la educación digital.

03. JUAN CÁRDENAS

Popayán. Escritor colombiano, autor de las novelas *Zumbido*, *Los estratos* (Premio Otras Voces, Otros Ámbitos), *Ornamento*, *El diablo de las provincias* (Premio de Narrativa José María Arguedas) y *Elástico de sombra*. Es autor de numerosas traducciones, entre ellas las de autores notables como William Faulkner, Thomas Wolfe, Gordon Lish, David Ohle, Joaquim Maria Machado de Assis y José Maria Eça de Queirós.